

**RESCATE DE UN ESCRITOR OLVIDADO:
TEÓFILO ORTEGA**

**Por:
Casilda Ordóñez**

Para muchos palentinos jóvenes —no tanto para los maduros— el nombre de Teófilo Ortega es tristemente desconocido.

Fue una estrella fulgurante y prometedora en el espléndido panorama literario español de la década anterior al 36, y por una cadena de circunstancias extraliterarias su voz se silenció, sus libros se empolvaron y desaparecieron de los anaqueles y escaparates de las librerías y el propio autor parecía empeñado en vivir el resto de sus días, aparentemente olvidado de lo que constituyó en sus años jóvenes, la verdadera pasión de su vida: su vocación de escritor.

Resucitar la memoria de Teófilo Ortega, no quiero que sea interpretado como un ejemplo de fiebre autonomista que lleva a rebuscar en los valores propios, para exaltarlos por encima de sus méritos, como si se tratara de un producto de consumo. Resucitar la memoria de Teófilo Ortega es algo mucho más serio, mucho más justo y también más hondo y entrañable. Teófilo Ortega es uno de los nuestros, que escribió apasionadamente una quincena de libros, algunos admirables y que desconocemos. Y necesitamos leerle, saberle, para que se incorpore a la propia urdimbre de nuestra manera de ser de palentinos.

Si en la propia vida personal de cada uno, nos resulta beneficioso y arraigante, conocer nuestros antecedentes familiares y las historias particulares que tejen y explican el tapiz de nuestro aquí y nuestro ahora, ampliado el horizonte a nivel de patria chica, también nos resultará beneficioso y arraigante conocer las ideas y los sentimientos de palentinos destacados que sin duda han sabido dar expresión a temas que nos son comunes y a veces nos rondan obsesivamente. Uno de estos palentinos destacados a quien no podemos permitirnos desconocer es Teófilo Ortega.

El año 1905, en la Palencia de principios de siglo, una recoleta ciudad castellana que no llega a los 20.000 habitantes, nace Teófilo Ortega.

Unas breves pinceladas económicas nos pueden situar objetivamente en la Palencia de aquellos años. Por aquel entonces Palencia era una provincia esencialmente agrícola. Hoy sigue conservando un carácter agrícola, su desarrollo

industrial nos parece sin duda moderado, sin embargo, nos sorprende saber que sólo el 15% del producto interior bruto palentino se debe a la agricultura, lo cual nos lleva a pensar, que a pesar del moderado desarrollo industrial, la Palencia de finales del siglo XX no tiene nada que ver con la de principios de siglo.

En estudios hechos sobre la realidad socio-laboral de principios de siglo, se dice que por cada trabajo en servicios o en la industria, se calculan 2 en la agricultura. Se puede hacer una estimación aproximada de que entonces más de un 60% del producto interior bruto se debía al campo.

Sabemos que Palencia no creció apenas en los primeros 20 años del siglo y que tenía el mayor índice de mortalidad de toda la región castellano-leonesa. Todo esto nos permite hacer un perfil de una provincia estática, pobre, cerrada en sí misma, endogámica y por ende, eminentemente tradicional y conservadora.

A la capital de esta provincia se había trasladado Alejandro Ortega padre de nuestro escritor, para dedicarse al comercio. Procedía de una familia labradora de Villalobón, y tras abandonar unos años de estudio en el Seminario decidió probar suerte en la capital, demostrando una gran capacidad de trabajo y un gran sentido comercial.

La mujer de Alejandro Ortega y madre de nuestro escritor, Trinidad Matilla, natural de un pueblo de Valladolid, Viana de Cega, de humilde procedencia, se entregó en cuerpo y alma al incipiente negocio familiar. Trinidad y Alejandro formaron una de esas parejas que laboran en los comercios de ultramarinos y van labrando su vida en común y su hacienda, en horas de trabajo e inquietudes compartidas.

Una prole numerosa —ocho hijos— fue un acicate más para el matrimonio que iba viendo crecer a la par su mesa y su negocio.

Teófilo Ortega fue el segundo hijo varón. La profesora Esperanza Ortega, hija del escritor, autora de un fascículo sobre su padre en *Apuntes Palentinos*, nos facilita unas notas sobre Teófilo Ortega niño: «Era un niño débil y mostró desde muy pequeño una curiosa inclinación por la lectura. Su padrino el tío Melitón, que gozaba de un gran ascendiente en la familia, se dio cuenta muy pronto. En una de sus visitas observa sorprendido cómo el niño, a pesar de que todavía no asistía a la escuela, iba deletreando los anuncios de la calle Mayor».

A los 13 años, es decir, en 1918, Teófilo es víctima de la terrible epidemia de gripe que causa innumerables muertes en España.

Las personas de edad, recuerdan con horror el fatídico año. «El año de la gripe», «La gripe del 18» y aún conserva su voz al decirlo, quiebros de angustia.

En Palencia, el año 18, estuvo marcado por un signo especialmente adverso. En primer lugar fue un año de mala cosecha y en una provincia dependiente de la agricultura, como decíamos al principio, ya podemos imaginar las nefastas

y generales consecuencias de este hecho, porque una quiebra en la agricultura no sólo afectaba a los que directamente vivían de ella, sino a otros sectores, comercio, profesionales, etc.

También en el 18 se desarrolló una epidemia de viruela e incluso hubo casos de tífus exantemático, propagado por portugueses, portadores de la enfermedad, que viajaban con dirección a Francia y se detenían en la estación de 4 a 6 horas. Hay artículos en el periódico que solicitan de las autoridades la no detención de estos trenes en la estación de Palencia.

Y en fin, en septiembre, comienza la epidemia de gripe en nuestra ciudad. El excelente estudio de Angel de Prado Moura, publicado en la revista de la Institución Tello Téllez de Meneses, me ha suministrado los datos que manejo al respecto.

La epidemia de gripe del 18, tuvo gravedad mayor en Palencia que en otras provincias españolas por lo siguiente: en distintas zonas de la ciudad las viviendas eran antihigiénicas, las familias vivían hacinadas, circunstancias que colaboraron a la propagación de la epidemia. Además, durante los años de la Primera Guerra Mundial, España exportó cuantos productos agrarios pudo, ante las deficiencias del mercado Europeo. Los precios de los productos agrícolas de primera necesidad subieron lógicamente en el mercado interior, y la vida se encareció. Es decir, la pobreza, el hacinamiento, el retraso en declarar oficialmente la epidemia, ante las presiones de comerciantes y empresarios de establecimientos públicos: cafés y espectáculos, a quienes afectaba negativamente la declaración, fue la causa de que la mortalidad en Palencia fuera la mayor de la región castellano-leonesa. Naturalmente, el índice mayor de muertos estaba entre los jornaleros, que vivían en peores condiciones.

Esta pequeña digresión en torno al tema de la gripe del 18 en Palencia, tiene por objeto, por lo que a nuestro tema se refiere, el poder medir, en cierto modo, el miedo colectivo de los palentinos de entonces, ante una epidemia de tan alta mortalidad y sobre todo, la marca definitiva que dejó en nuestro escritor, a quien le afectó muy gravemente, hasta el extremo de desesperar de su curación.

Felizmente, Teófilo Ortega se salvo de la muerte, pero el que un adolescente sensible se sintiera presa de la terrible epidemia, una epidemia que atemorizaba a la ciudad y cuyos estragos estaban bien visibles en los entierros interrumpidos y en las esquelas que plagaban los periódicos, es suficiente para explicar una de las obsesiones que desde entonces acompañarán a Teófilo Ortega y que aparecen como un motivo recurrente en casi todos sus libros: la obsesión de la muerte.

Dos largos años duró la convalecencia de la enfermedad. Dos años largos que tuvieron también sus consecuencias positivas y negativas para el desarrollo de su personalidad. Positivas, porque en la quietud del obligado descanso, nuestro

escritor leyó muchos más libros de los que suele leer un chico de su edad, aunque sea aficionado a la lectura. Leyó, sobre todo, a los clásicos de nuestra literatura: El Quijote, Las Novelas ejemplares, La Celestina, Jorge Manrique, Juan de la Cruz, Santa Teresa de Jesús...

La enfermedad y el haberse sentido tan cerca de la otra orilla, la soledad de la convalecencia y la lectura ininterrumpida, maduraron reflexivamente y tempranamente a nuestro escritor.

Pero también la enfermedad tuvo consecuencias negativas, porque abandonó sus estudios y la oportunidad de haber continuado tal vez estudios universitarios —pese a las explicables programaciones paternas que sólo aspiraban a ver en sus hijos los continuadores de un negocio que crecía—.

Esperanza Ortega, añade a este aspecto negativo otros más, cuando dice: «Nunca se recuperó del todo de esta larga enfermedad y al lado de su afición a los libros, otras secuelas menos positivas le marcaron para siempre. En el orden físico, una bronquitis crónica que se iría agravando con los años y en el psíquico, un carácter aprensivo y temeroso, que le hacía retraerse a la hora de hacer realidad sus aventuras interiores».

Volvamos al joven Ortega, ya superada su enfermedad, una enfermedad que le ha madurado tempranamente. Volvamos a este joven lleno de inquietudes e inclinado a reflejar por escrito las mil ideas que le bullen por dentro. Se encuentra desplazado de los jóvenes de su edad movidos por otros intereses, y en una ciudad como Palencia en los años 20, un tanto soñolienta y quieta, no es raro que empiece a conectar con personas mayores que él, pero como él movidas por algún género de inquietud cultural.

Un día, en la antigua librería de Diocleciano de la Serna, conoce a César Arconada. César Arconada le sacaba 7 años, muchos artículos escritos en el Día de Palencia, en el Norte de Castilla y en revistas nacionales y una breve estancia en Madrid para preparar sus oposiciones de Correos, que le sirvió, sobre todo, para ponerse en contacto con el bullir de las vanguardias ultraístas y entrar en los ambientes literarios de Madrid. Durante un tiempo fue el mentor literario de Teófilo Ortega. A él va dedicado el libro de Calixto y Melibea que publicará José María de Cossío.

Las lecturas de Ortega se van ampliando; sus relaciones literarias también; hace sus pinitos de escritor en periódicos de Palencia y en el Norte de Castilla, en el que más tarde colaborará de forma constante.

Dámaso Santos, en su obra «De la turba gentil», de la que más tarde hablaremos, recuerda la biblioteca de Teófilo y dice: «Empezamos a husmear en la biblioteca de Teófilo con un comienzo de saqueo. Allí, Proust, Gide, Platón, Goethe, Guillén, D'Ors, Unamuno, Azorín, Lorca, Juan Ramón, Arconada, el padre Félix García, Maeztu, Jarnés, Guillermo de Torre y tantísimos. Abun-

dan cariñosas dedicatorias en Cántico, El valle de Josafat, en títulos de Salaverría».

Poco a poco, Orteguita, el joven escritor, llamado así por sus pocos años, va frecuentando las tertulias literarias de la ciudad y conoce a Paco Vighi y a Matías Peñalba y a Victorio Macho y a Garrachón Bengoa y a Eustero Buey Alario y a Díaz Caneja, César Gusano, Pablo Pinacho, Salustiano del Olmo...

Y se hace socio del Ateneo.

El Ateneo palentino fue una sociedad cultural desgajada de la Sociedad Económica de Amigos del País, que sufrió diversos avatares en los años de su existencia. José Luis Sánchez, un joven historiador palentino, acaba de publicar un espléndido trabajo sobre el Ateneo palentino, recentísimamente, en el verano del 89, de quien tomo todos los datos referentes a este tema.

Las principales fuentes utilizadas por José Luis Sánchez para su estudio, una vez desaparecido el archivo del Ateneo en Palencia, son fundamentalmente hemerográficas: investigando revistas y boletines del Ateneo palentino o informaciones periodísticas; en los Archivos de la Catedral, Diocesano y Municipal, en la Biblioteca Nacional y en las colecciones del Día de Palencia y del Diario Palentino.

Los Ateneos, siendo instituciones culturales, eran también foros de diálogo político y plataformas de espíritu liberal y republicano preferentemente.

El Ateneo de Palencia —siempre siguiendo el estudio de José Luis Sánchez— tuvo tres reapariciones, entre las cuales hubo períodos de pasiva inactividad.

La primera en 1877 con la presencia e impulso de Becerro de Bengoa. La segunda en 1908 con ateneístas tan conocidos como Jerónimo Arroyo, Buenaventura Benito, César Gusano, Fco. Vighi, Juan Díaz Caneja, Salustiano del Olmo, García Muñoz Jalón, Conde de Castilfalé, Cirilo Tejerina, Fco. Simón Nieto...

La tercera reaparición del Ateneo fue en 1924. Teófilo Ortega aparece en las listas de ateneístas de 1926, mientras Alejandro Ortega y Víctor Ortega Matilla figuran en las listas de 1924, sin embargo, en la nueva andadura de 1924 y según nota de prensa del Día de Palencia, era Teófilo Ortega quien en el acto inaugural leía una lista con los nombres de los ateneístas y en 1925, figura Teófilo como Secretario del Ateneo con Emilio Díaz Caneja como Presidente, Eugenio del Olmo como Tesorero, Enrique Arangüena como Contador, Higinio Mez de Azcoitia como Vicepresidente e Ignacio López Palomo como Vicesecretario.

En los años 1925 y 26, años en los que nuestro escritor ejerce como Secretario, el Ateneo organiza 27 conferencias, dictadas unas por ateneístas palentinos, como Juan o Emilio Díaz Caneja, otras por conocidos especialistas, como Narciso Alonso Cortés o destacadas personalidades de carácter nacional como

Luis Bagaría sobre «El arte de mis caricaturas», Gregorio Marañón, sobre «Nuevas orientaciones de las repercusiones orgánicas de la emoción», Ossorio y Gallardo sobre «La representación proporcional», Pérez de Ayala sobre «El escultor Julio Antonio», o Ramón María del Valle Inclán, hablando sobre sí mismo con el título de «Autocrítica».

Antes decíamos que los Ateneos eran a la vez que instituciones culturales, plataformas de debate político, con una mayoría de ateneístas liberales y republicanos. No es extraño que durante la Dictadura de Primo de Rivera, hubiese una más que reticencia hacia los centros ateneístas y que algunos socios palentinos sufriesen la persecución del Gobierno, entre ellos Teófilo Ortega.

Su hija Esperanza nos lo cuenta en la *op. cit.*:

«Recibe una carta de Unamuno en la que se vierten ataques contra la Dictadura. Hace varias copias y otro amigo se encarga de distribuir las en la calle Mayor. Le sorprenden con las octavillas y confiesa la procedencia de la carta. Mi padre es detenido en compañía de Salustiano del Olmo y Evilasio Rodríguez».

El 14 de Octubre de 1927 aparece esta nota en El Norte de Castilla: «El gobierno firmó unas órdenes de destierro y multa contra tres palentinos a los que se acusaba de haber divulgado una carta privada de Miguel de Unamuno en la que se vertían conceptos molestos para el gobierno. A don Evilasio Rodríguez se le imponen 10.000 pesetas de multa y destierro que cumplirá en San Sebastián, a don Teófilo Ortega 3.000 pesetas y destierro en Briviesca y otras 3.000 pesetas y destierro en Toro a D. Salustiano del Olmo».

El propio autor recuerda el hecho en «¿A dónde va el siglo?» y reflexiona sobre el mismo:

«Quienes despertamos a la política como imperiosa llamada a nuestro decoro ciudadano y por esa influencia hablamos y escribimos, desafiando el peligro, hecho realidad de la cárcel, del destierro, de la pérdida de la tranquilidad y de los propios bienes —un fatídico 13 de septiembre, observamos con desgarraduras del alma, el júbilo de una masa ingenua y por desgracia no escasa, ante el hecho de que el poder civil se derrumbaba por los suelos, despedido por una audaz espuela».

Y más adelante dice: «Lo de menos en mis impresiones, naturalmente como en las de todos los jóvenes castigados por la Dictadura, fue el motivo de la reclusión. En mi caso, cual en la mayor parte de ellos, no pasó siquiera de ser un pretexto. Hallarme una carta de Unamuno, averiguar que había procedido a multiplicarla en copias mecanográficas, fue la primera causa. La segunda se limitó a uno de aquellos momentos de pavor de la autoridad arbitraria dominante entonces, que consideraba preciso, para organizar lo que ella llamaba el orden público, recluir en prisión a todas las conciencias vigilantes y dignas del país».

EL ESCRITOR

Entre 1927 y 1935 se sitúa la edición de la obra más importante de Teófilo Ortega.

Aparte de sus colaboraciones literarias en revistas como *Meseta de Valladolid*, *Parábola de Burgos*, *Manantial de Soria*, o la *Gaceta literaria* o la *Revista de las Españas*, y de los numerosos artículos publicados en *El Norte de Castilla*, *El Diario Palentino*, *El Imparcial*, *El Sol*, *El Debate*, *La Libertad*, *ABC*, *Informaciones*... están sus libros. Estos artículos y colaboraciones merecerían la lectura, clasificación y análisis de algún joven licenciado palentino como tema de Tesina Universitaria.

Sus libros son fundamentalmente ejercicios de ensayo, reflexiones en torno a temas literarios, humanos, políticos.

El primero de los libros fue publicado en la Imprenta del Diario Palentino, en 1922 y llevaba por título «Luis de Samién. Artista, aventurero y fracasado», del que el autor prefirió olvidarse, porque haciendo más tarde referencia a su primera obra, citaba el ensayo de la *Celestina*.

En 1927 Jose M.^a de Cossío, le publica en la edición reducida y no venal de «Libros para amigos»: «El amor y el dolor en la tragicomedia de Calixto y Melibea». Cossío había escuchado una lectura de la obra hecha por el autor en la Biblioteca del Ateneo de Valladolid, en los sábados del Ateneo, y se sintió impresionado del apasionado análisis que hacía de la figura de *Celestina* y del amor de Calixto y Melibea, aquel joven palentino de poco más de 20 años. La edición de Cossío va prologada por su amigo y hermano mayor en las letras: César Arconada. Hoy día es una edición inasequible, y los pocos libros que se conservan están en manos de afortunados particulares. Más tarde, el autor volvería sobre el tema ampliándolo, en su obra «Hervor de Tragedia».

En 1928, en ediciones *Parábola de Burgos*, con un prólogo introducción de José M.^a Salaverría, publica «La Voz del Paisaje». Está dedicado a Victorio Macho con las siguientes palabras: «Al dilecto y fraterno espíritu de Victorio Macho».

En el prólogo, José M.^a Salaverría habla de lo inusual de la primavera en Castilla y de lo inusual de que el grave decir castellano se transforme en esa primavera vanguardista que aflora en las colaboraciones de *Parábola* y *Meseta*. Sin embargo, la voz de Teófilo Ortega, según el prologista: «Está llena de anti-güedad y religiosidad. Teófilo Ortega se encuentra lleno de cierta categoría de emociones, de las que no pueden traducirse en un lenguaje como el despreocupado y tirando a payasesco que ahora se usa».

Hay en «La voz de Paisaje» una fantasía e idealización de la figura de Jorge Manrique. Y en esta obra afloran ya dos de las obsesiones temáticas de nuestro escritor: la muerte y la dialéctica carne-espíritu que suscita la presencia de Eros.

Las lecturas del autor emergen en citas y alusiones literarias: Milton, Dante, Menéndez Pelayo, Pérez de Ayala, Ben Gabirol, Arias Montano, Fernando de Rojas, Goethe, Amado Nervo, Lope de Vega...

Y como complemento hay una adición de pequeños ensayos, que tratan de temas clásicos, algunos, anticipos de futuros libros: sobre Teresa de Jesús, Elena Ossorio, incluso la repetición de fragmentos de «El amor y el dolor de Calixto y Melibea», introduciendo una misteriosa viajera en el relato.

Es un libro de apasionamiento primerizo, tal vez con excesivos retoricismos y recargamientos adjetivos, pero por él se asoma ya, el alma secreta de nuestro escritor, sus constantes preocupaciones y su sensibilidad literaria precozmente despierta.

En una ocasión, y en una divagación literaria, el poeta Luis Rosales decía que «Hay dos clases de escritores: Los que eligen sus temas y los que son elegidos por ellos. Los verdaderos escritores, los escritores serios, son elegidos por sus temas, son invadidos por una temática que se convierte en obsesiva, es decir, que se convierte en originalidad. Un escritor es original a través del encadenamiento de sus temas, que por ser obsesivos terminan siendo exclusivos y por ser exclusivos terminan siendo originales...

»Somos originales [dice Rosales] cuando no podemos ser otra cosa, o dicho de otro modo, somos originales por la fidelidad a nuestra obsesión o si se quiere, a nuestras últimas y más oscuras raíces. La originalidad, que es siempre relativa, también es siempre irremediable. Es como el agua del bautismo que le da al escritor su propio estilo, esto es, su nombre propio».

Hasta aquí Luis Rosales. Indudablemente y aceptando esta clasificación de Rosales, Teófilo Ortega es de la clase de escritores que son elegidos por sus temas, por sus obsesiones.

Las recurrencias temáticas de Teófilo Ortega son tres: La Muerte, arrastrada quizás desde los oscuros momentos de su adolescencia amenazada; en segundo lugar, emergiendo siempre aquí y allá en sus escritos, la oposición carne-espíritu en la relación amorosa, presentada muchas veces con ecos platónicos: el Auriga conductor de dos fuerzas ecuestres antagónicas, el caballo blanco del espíritu y el negro corcel de la bestialidad instintiva; otras, identificándose con esa sensación decadente del que descubre cenizas «En la carne que tiente con sus verdes racimos» que diría Rubén y «la tumba que espera con sus fúnebres ramos». No es un vitalista nuestro escritor, sino más bien un exquisito y delicado contemplador, casi un ascético contemplador de la belleza. Una belleza platónica, idealizada y casi, casi, desencarnada.

Y en fin, en tercer lugar, lo literario como obsesión y allí entrarían tanto su pasión por la lectura como su pasión por la escritura, es decir su vocación de escritor.

En el año 1929, en la compañía Iberoamericana de publicaciones edita Teófilo Ortega un libro titulado «La Muerte es Vida». En el mismo libro precisa el autor que el verdadero título debería ser una interrogante: *La muerte ¿es vida?*

Está dedicado en muy cordial amistad, a José M.^a Salaverría y viene precedido de un ensayo de José M.^a Quiroga Plá, yerno de don Miguel de Unamuno que titula al suyo «Muerte y Vida» y cerrado al final por otro pequeño ensayo de José López Prudencio el polígrafo y crítico de ABC en aquella época, que lleva por título «Meditaciones de Vida».

Como se ve, desde diferentes ángulos y por los tres autores «La muerte es vida», «Muerte y Vida», «Meditaciones de Vida», prometen ser y son unas reflexiones de corte unamuniano y agónico.

El ensayo de Quiroga Plá, que se resiste a llamarlo ensayo y prefiere llamarlo «Divagaciones», pero ensayo es, demuestra que el yerno de Don Miguel es un hijo espiritual suyo. Sus divagaciones están trenzadas con recuerdos del Beato Orozco, de Tolstoy y de la Biblia. Son interesantes los tres grados de descubrimiento de la muerte como experiencia personal: Morir, Morírseos, Morirnos. Primero se descubre la existencia de la muerte, después se toma conciencia de que se nos pueden ir para siempre los demás, a quienes amamos y al fin se nos revela que podemos morir nosotros mismos, desaparecer.

Añade, la visión contradictoria de la vida y en cierto modo consoladora, la vida deleznable y perdurable a la vez, con ecos del «eterno retorno» de Nietzsche.

En el ensayo central y más amplio y lógicamente fundamental del libro correspondiente a Teófilo Ortega, el hilo conductor es la muerte. *La muerte ¿es vida?* El misterio sigue rondando lo ultraterreno.

Admira que un joven de 24 años se obsesionara con un tema tan poco frecuente a su edad. Bebe en las fuentes de Sócrates, del Beato Orozco, de Séneca, de Fray Luis, de Borrow, de Calderón de la Barca o de Martínez de Cuéllar, un conceptista del XVII discípulo de Quevedo, y va ahilando su pensamiento, su joven pensamiento, al influjo de sus lecturas, unas veces como místico, otras como filósofo, otras como poeta. Y se une a la tradición tan española, desde Calderón a Don Miguel de Unamuno, para quienes vivir es soñar y morir, vivir —frente a la visión sajona— shakespeariana de morir-soñar, tan bien explicitada en el monólogo hamletiano.

El ensayo de López Prudencio que cierra el libro, quizás el más coherente ideológicamente y el mejor trabado, titulado como antes dijimos «Meditaciones de vida» se podría insertar en esa corriente antirracionalista que se desarrolla a finales del siglo XIX y principios del XX, neorromántica en cierto sentido, constataadora de la existencia del misterio y de que la razón no es un instrumento suficiente de conocimiento.

Es curioso cómo en esta y otras ocasiones, como por ejemplo en «¿A dónde

va el siglo?» o en «Hervor de Tragedia» que se publican en 1932, Teófilo Ortega sale al encuentro del lector, en compañía, arropado por las opiniones de otros autores que pueden coincidir más o menos con él, como en el caso en que nos ocupa en el que Ortega, Quiroga y López Prudencio, denuncian una similitud de lecturas y, en conjunto, preocupaciones unamunianas existenciales, o como en el caso citado de «¿A dónde va el siglo?», donde la divergencia es manifiesta y el lector tiene un abanico de visiones contrastantes.

En 1930 publica una compilación de artículos de diferente temática con el nombre de «Nuestra luz en torno». En ellos encontramos algunos dedicados al paisaje castellano, vistos desde su óptica de asiduo paseante y conocedor, otros dedicados a temas literarios del pasado, como los que tratan del poema del Cid o el que penetra en la brillante y nítida poesía de Guillén, «El diamante y la cumbre» defendiendo la poesía pura como luego lo haría más tarde en el ensayo «Norma» publicado junto a «Hervor de Tragedia», donde dice: «Al salir de la gran guerra, el espíritu del hombre entregado a la creación artística, ha intentado canalizar el arte, en vías de pureza, de máxima fecundidad y definido límite. Primera conquista del hombre nuevo sobre el viejo arte; la poesía no ha de tener contacto con arte alguno distinto».

Al año siguiente, 1931, en las ediciones de Cuadernos de Cultura de Valencia, aparece en dos de sus Cuadernos quincenales, el 36 y el 38, una de las obras más interesantes de Teófilo Ortega, sobre Teresa de Jesús.

La primera parte se titula «Teresa de Jesús lejos de la Santidad y el histerismo» y la segunda «Una mujer capaz: Teresa de Jesús». Una y otra llevan como subtítulo «Vuelo y Surco de Teresa Sánchez».

En la introducción de los cuadernos se advierte al lector de que «el conocido escritor castellano autor de “La Voz del Paisaje”, va a ofrecer una interpretación personalísima de “Teresa de Jesús”, y que de la lectura de los dos cuadernos que recogen la obra de Ortega, el lector conseguirá una novísima interpretación del “caso” Teresa de Jesús».

El título de la primera parte «Teresa de Jesús lejos de la Santidad y del histerismo», resulta un tanto equívoco, pero simplemente es un resumen de la opinión de Américo Castro que cita Teófilo Ortega y cuya cita recojo. Dice Américo Castro: «Ni clínica ni empíreo. Teresa de Ávila suele ser llevada de uno a otro recinto siempre envuelta en aureolas mágicas (...). Mas la historia literaria ha de alejarse tanto del empíreo como de la fisiología; bastaría con permanecer en la zona clara y humana del arte». Y Gabriela Cunningham Graham, al escribir su formidable glosa de nuestra excepcional mujer, traza las últimas palabras de su dedicatoria para escribir esta opinión y propósito, norma fiel de su magnífica producción: «Las obras de carácter religioso que sobre ella se han escrito tratando exclusivamente de su Santidad, rebajan a mi entender, su mérito humano. Tal

vez, ocupándose con preferencia de las virtudes de Teresa como mujer, resalten con mayor claridad los méritos de la Santa».

Ahora sí, ahora entendemos que Teófilo Ortega quiso enfrentarse limpiamente, a solas, con ese misterio humano, llamado Teresa Sánchez.

En el capítulo inicial reconoce que el motivo de su obra, es refutar el libro de Edmonde Cazal escrito en 1921 «Sainte Thérèse» en el que el autor analiza el fenómeno del misticismo a luz de la psicología con influjos freudianos, considerando al misticismo como autoerotismo.

La postura de Teófilo Ortega es absolutamente contraria. El cree que los hombres llevamos en el fondo de nuestra personalidad, seres contradictorios dormidos. Las circunstancias propician que la personalidad que despierta sea una o su contraria. La pontencialidad humana de Teresa, logró despertar a lo largo de su vida lo mejor de sí misma, pero Teresa de Jesús, Teresa Sánchez como prefiera llamarla Teófilo Ortega, nunca podría haber sido mediocre. Y así dice en un fragmento «En efecto, llevadas las aguas torrenciales de su temperamento hacia el campo de la sensualidad, Teresa hubiese podido encender a España por los cuatro costados, envolviéndola en el verdadero fuego destructor de una Cleopatra. Pero aquellas aguas potentes y caudalosas no siguieron este curso. Transformado el deleite carnal en espíritu de sacrificio por la ambición de más impercederos goces, llega en su fuerza de seducción espiritual a conseguir la misma importancia que acaso, por el terreno carnal, hubiese logrado por distinto fin y fruto: lo que consigue no es quemar, sino llenar de luz las almas y abrirlas con mano fuerte, varonil, generosa, múltiples puertas de salvación. No se llena su copa de elixir erótico. Escancia en ella con juvenil alegría, transformadas en precioso líquido, gotas de sangre —bellas y conmovedoras gotas— de Nuestro Señor».

En la segunda parte imagina azorinianamente una conversación de Teresa con el Padre Jesuita, Rodrigo Alvaro. Entretejiendo los propios textos de la Santa va definiendo sus experiencias místicas: los ímpetus, los arrobamientos, el vuelo del espíritu, la herida del amor.

Teófilo Ortega dice: «Tiene razón Gabriela Cunningham Graham. Nuestra opinión, repetimos con ella, es que todas las visiones y conversaciones con Cristo, se hacían con madera de sus ensueños, de su robusta y firme confianza de hablar y verle algún día, más allá del mundanal vivir». Y añade: «Pero aún aceptando que el alma de Teresa era el único taller; que todo era obra humana, elaboración terrena, es justo reconocer, que Teresa procede con una religiosa elevación y un fuego tan grande en su alma, que si llega a pisar alturas casi sobrenaturales, es después de tramontar todas las cumbres de la belleza humana».

Del mismo año 1931 son dos libros más: «Sesenta y nueve años después» y «La política y un político» (es un homenaje amistoso a la figura de Santiago

Alba. Político liberal zamorano —como recordarán— ministro con Canalejas y Romanones, autor de unos proyectos de reforma financiera y de reforma agraria, que chocaron con los intereses de la burguesía industrial). «Sesenta y nueve años después» es una encuesta sobre teatro presentada a personalidades conocidas, entre ellos, A. Machado.

En 1932, en las ediciones de Biblioteca Nueva, aparece «Hervor de Tragedia». Lleva un prólogo de Rafael Marquina y un ensayo-epílogo, al final, sobre la Celestina, de Rosa Arciniega.

Ya dijimos que en 1927, José M.^a de Cossío había publicado las primeras reflexiones sobre el tema, con el título «El dolor y el amor en la tragicomedia de Calixto y Melibea», en la edición restringida de «Libros para amigos».

El prólogo de Rafael Marquina que precede al libro, tiene algunos espléndidos trozos de inmejorable estilo que no me resisto a transcribir: «Según el decir clásico “Amor todo es coyuntura”. He aquí precisamente, el resquicio por donde Celestina penetra en la eternidad. Porque en amor toda coyuntura es Celestina».

Más adelante: «Pero ella [Celestina] maestra vital, que conoce el sabor de todos los besos que no ha dado ni ha recibido, pasa inmutable y tornadiza, impávida, entre la expectación unánime; y en medio de todas las infidelidades que provoca y todas las debilidades que crea, mantiene su fortaleza y fidelidad. La fortaleza de sus primarias razones vitales y la fidelidad inalterable y profunda a su propio destino».

«Celeste... Celestina... ¿Qué mixtura de celestiales hechizos aromatiza y le procura inenarrables dulzuras a este bebedizo que es la tentación de Celestina, a esta gracia que encierra en tu nombre?»

«Melibea... Calixto... Celestina. También ésta es una Trinidad eterna. Un triángulo platónico. La geometría escueta de la cábala. Tres ángulos tres vértices, y tres lados. La trilogía de los símbolos vitales».

Una de las ideas más originales de Teófilo Ortega de «Hervor de Tragedia» es la teoría de que Calixto se suicida. No muere por accidente, sino que, entristecido por el sabor de ceniza de la carne, que sigue a la exaltación erótica, busca su muerte.

Algo que no comparte Rafael Marquina, porque —argumenta— esto sería eliminar de la obra el elemento trágico, cuya levadura es, desde los griegos la fatalidad. Si se acepta la tesis de Ortega no habría tragedia sino patetismo o dramatismo pasional, pero no tragedia.

En «Hervor de Tragedia», Teófilo Ortega hace una defensa de Celestina, no por su vil oficio, que desprecia, sino por sus capacidades humanas. Y aquí el autor vuelve a retomar el hilo de Lucrecia y el Mago, la legendaria narración de Enrique Rodó de la que hablaba en Teresa Sánchez, para repetir la creencia en los dos seres dormidos y contradictorios que por una u otra circunstancia favorable o adversa, decantan a la persona en un sentido positivo o negativo.

Si en Teresa despertó el positivo, en Celestina, el negativo, pero hubiera sido capaz, en circunstancias diferentes, de haber desarrollado una imponente personalidad espiritual. Y si Teresa pone la inteligencia y la voluntad al servicio del espíritu, Celestina se transforma en la astucia humana al servicio de la riqueza.

A propósito de la teoría de Marañón expuesta en «Los Estados intersexuales en la especie humana» elucubra el autor, cómo en la misma medida de esa ambigüedad, o mezcla hormonal de los humanos, decantados finalmente en uno u otro sexo, llevamos dentro de nosotros una contradicción o mezcla —Caín-Abel, Teresa-Celestina—, que van orientado en uno u otro sentido las encrucijadas de la vida.

Hay un cierto didactismo moratiniano en Teófilo Ortega al exponer sus reflexiones sobre el amor sereno, que goza del camino, y el amor impaciente, que quema y produce vacío. Calixto representa este último amor, que busca la muerte, decepcionado, al palpar la diferencia entre la realidad y el deseo.

Melibea y Don Quijote se enlazan en la reflexión, como símbolos de seres rebeldes, que rompieron el círculo opresor de lo habitual, y en fin, el autor absuelve generosamente a los amantes a quienes les exculpa la ignorancia y confiesa que a él la Celestina no le ha disuadido del amor, sino que le ha espolado a la búsqueda del auténtico.

Como finalidad de su obra, espera promover la lectura de la tragedia y suscitar fértiles discusiones.

Es quizás, el libro de Ortega de prosa más cuidada y más apasionada a la vez. Hay en la parte que pienso corresponde a la primera obra: «El dolor y el amor de Calixto y Melibea», un estilo d'Orsiano, tan en boga entonces, hecho de reflexiones-glosas. Y hay también más que en ninguna otra obra, ese rasgo novecentista de utilizar en la prosa convenciones más propias del verso. En múltiples ocasiones he subrayado en «Hervor de Tragedia» trozos y trozos de ritmo hexasilábico, que automáticamente me traían recuerdos rubenianos. Sólo un ejemplo, que podría multiplicar muchas veces: «Vivamos. Gocemos. La vida transcurre. La Muerte se llega. No salgais, muchachas, de la red tupida. No dejéis muchachos, el goce de amar. Celestina enseña. Mirad lo que dice la Vieja que sabe —nadie ha descubierto de quien lo aprendió».

Comparto la idea de Esperanza Ortega, de que su padre, que cronológicamente coincide con la generación del 27, cabe ser encuadrado por su estilo personal y por sus adhesiones internas, en la segunda generación del siglo, es decir, tiene más afinidades con el novecentismo.

«Hervor de Tragedia» lleva como epílogo un ensayo de Rosa Arciniega, la novelista peruana de ideología socialista, que tuvo éxitos de público con algunas de sus novelas como: «Jaque-mate», y «Engranajes».

Su estudio sobre el tema de la Celestina es francamente interesante. Escrito en un tono fácil, periodístico, pero cautivador e inteligente.

Después de afirmar, de entrada, el subjetivismo de su ensayo, establece la diferencia entre amor y deseo. Enjuicia la malsana intención de algunos lectores que han ido buscando erotismo y pornografía; intención malsana y frustrada porque según Arciniega, la Celestina es un libro de gran profundidad moral. El llanto de Pleberio expone ideas que podían ser de Fray Luis de Granada. Es un libro humano, nunca infrahumano, hasta en la sugerida y cruda escena de Areusa y Pármeno, el autor hace caer el telón pudorosamente. Hay sí, pinturas de seres abyectos como Sempronio, pero a Celestina la autora la defiende, alabando su discreción, dentro de su vital y goliardesco oficio.

A Calixto le ve como a un señorito de pueblo, movido sólo por el deseo, y ante Arciniega aparece Melibea, como la auténtica amadora, por eso, según ella, debería llamarse la obra, «Tragedia de Melibea», ya que es la verdadera y noble víctima de la obra.

Hay evidentes rasgos feministas, en la inteligente exposición de Rosa Arciniega.

Y como suele hacer en otras ocasiones Teófilo Ortega incluye en «Hervor de Tragedia» otros temas de ensayo, algunos anticipo de futuras obras más extensas. Y así aparecen uno sobre Antonio Machado, donde se mezclan datos, entrevistas, e interpretaciones subjetivas: la visión y el encuentro con Antonio Machado, tan lejos de las idealizaciones subjetivas que se podrían hacer del autor; la entrevista de A. Cerón —director de la revista *Manantial*— con Antonio Machado y las definiciones poéticas de Don Antonio, en las que más o menos repite las ideas expuestas por él mismo a lo largo de su obra; la obsesión de la muerte machadiana que tanto eco encuentra en Teófilo Ortega; su visión de Castilla, visión hecha desde la realidad. Teófilo Ortega, hace una invitación a Victorio Macho, para que plasme en su obra no la Castilla pasada, sino la real, de hoy.

En la reciente edición crítica de la poesía y prosa de Antonio Machado de Oreste Macrí, hecha por la Fundación Antonio Machado en el cincuentenario de la muerte del poeta, el profesor Macrí dice, antes de incluir la numerosa bibliografía del poeta: «Por principio toda Bibliografía es provisional, tanto más cuanto como ocurre con la machadiana que es tan extensa y contiene un porcentaje notable de vulgarización, provincialismo, curiosidades bibliográficas, vario diletantismo crítico y erudito, maraña de textos mayores y mínimos, etc. además de una surtida y a veces inasequible concurrencia extranjera: todo debido a la inmensa fortuna de la persona y obra de don Antonio. La menor papeleta hasta cierto punto, puede resultar útil.

»Dentro de estos límites sinceramente acusados, confiamos en la compren-

sión del lector interesado en esta parte, para que nos auxilie directa o indirectamente en orden a una nueva edición».

Yo creo que esta aportación de Teófilo Ortega a la Bibliografía de Antonio Machado debiera figurar en futuras ediciones. Y por mi parte, tendré mucho gusto en «auxiliar» dicho así «por usar la propia expresión del profesor Macrí», a tan ilustre crítico enviándole la papeleta con las referencias precisas de nuestro escritor palentino.

Aparte del estudio sobre Machado, «Hervor de Tragedia» incluye otro titulado «Norma» donde se hacen definiciones sobre el arte puro y las vanguardias artísticas. Y una serie de reflexiones platónicas, kantianas y humanistas sobre el ideal y la realidad.

Se añaden bajo el nombre de «Bazar» una serie de glosas d'orsianas sobre temas variados: la sofrosine, la soledad, la envidia de los mediocres, el destino del escritor, etc. y se termina con un anticipo de lo que será un futuro libro «¿A dónde va el siglo?», un libro con el que se inicia lo que podríamos llamar la reflexión política de Teófilo Ortega.

El anticipo versa sobre dos políticas imperantes: El comunismo y el fascismo. El autor, cautamente, no toma partido, dice «veremos cuando pasen cinco años».

Teófilo Ortega tomará partido años más tarde y en su momento volveremos sobre esta decisión que le traumatizó sin duda, esterilizando para siempre su vocación de escritor.

En seguida aparecerá el libro del que nos daba este pequeño anticipo en «Hervor de Tragedia», conservando el mismo título «¿A dónde va el siglo?».

Se publica en la colección Cultura Política, en 1932. En esa ocasión la voz de Teófilo Ortega va acompañada también de otras. Un prólogo del Conde de Romanones y dos intervenciones de dos hombres significados políticamente: uno Angel Pestaña, el sindicalista de la CNT, y otro Andreu Nin, ideólogo izquierdista, uno de los fundadores del Partit Obrer d'Unificació Marxista (POUM).

En el prólogo, el conde de Romanones, define a Teófilo Ortega como un liberal de la buena escuela y alaba sus puntos de vista.

La reflexión de Ortega podría inscribirse en esa serie innumerable de ensayos sobre el tema de España, que sobre todo a partir del siglo XVIII han formado una larga cadena hasta nuestros días y que pese a su diversidad ideológica y calidad literaria, tienen en común la sincera preocupación de unos españoles a quienes les importa y les duele su patria: desde Feijóo, pasando por Cadalso y Jovellanos, Larra y los autores del 98, la inquisitiva y lúcida mirada de Ortega y Gasset, las polémicas históricas de Américo Castro, y Sánchez Albornoz, o las más cercanas reflexiones de Laín Entralgo o de políticos recientes.

Y aunque el ensayo de Teófilo Ortega, bastante asistemático y abordando muy distintos temas, tal vez algunos recopilados de artículos periodísticos, se

inicia, con reflexiones políticas generales, como cuando analiza el fenómeno de la Rusia Soviética o el de la Revolución Mejicana, lo hace siempre para volver sobre el tema de España, la realidad y el futuro político de nuestro país.

Al hilo de la reflexión de Ortega, salen a la luz temas que siguen siendo de rigurosa actualidad: la reducción de la libertad en Rusia, los problemas de la superproducción que plantearán aumento del paro. ¿Cómo reducirlo?, se preguntan Ortega. ¿La solución estará en otra guerra? ¿En una reducción de la jornada? Está presente el sentido europeísta, y al analizar la situación española hace una apasionada defensa del espíritu de tolerancia, frente a la peligrosa y extremista escisión de las dos Españas. Descubre las virtudes políticas en políticos de uno y otro signo, como cuando habla de Sagasta y Cánovas, Castelar o Romanones.

La reflexión histórica sobre Bolívar, le sirve para plantearse el todavía actual problema, de las competencias civiles y militares, de cómo un mesiánico conquistador, está en peligro de transformarse en un dictador o un tirano.

Hace el perfil del político como el de un hombre pragmático, realista y enérgico, y aunque se declara alejado de la postura ideológica de Cánovas, asume aquella famosa frase suya de que «Todo lo que no es posible, es falso en política».

Habla de la adulación ante los poderosos, y de la envidia, el gran vicio nacional. Equipara las salidas de Don Quijote, con los intentos democráticos de España. Se muestra profético, sobre el porvenir de España si fracasa la República, fracaso que costará miles de vidas. Y acaba con unas glosas múltiples: consejos para vencer al comunismo, una interesante defensa para profesionalizar la Administración, comentarios sobre Azaña, en los que no se desliza la más mínima adulación.

En resumen, un ensayo de miscelánea política en el que se nos perfila un hombre liberal, tolerante, conciliador, honesto, nada radical, con contradictorias mezclas de conservador y progresista.

Las aportaciones de Pestaña y Nin responden a sus respectivas ideologías políticas.

Pestaña escribe que el ideal establecido por la Revolución Francesa, no buscó como realizarlas. La lucha del hombre actual, que se siente identificado con los principios de la Revolución estará en buscar los cómo, los modos de llevarlo a la práctica.

Andreu Nin hace una defensa del marxismo-leninismo con oposición a la política de Stalin. Y el propio Teófilo Ortega, justifica la presentación de tan variadas posturas, como un medio de ofrecer al lector, una gama de opiniones políticas que van desde Romanones a Andreu Nin, pasando antes por él mismo y Angel Pestaña, aunque el Conde de Romanones, sortea hábilmente la pregunta de «¿A dónde va el siglo?» y casi se limita a presentar la figura de nuestro autor.

En 1934 en ediciones Morata de Madrid, salen dos ensayos en un mismo libro: «Quejumbre hacia Dios» e «Introducción al Psicoanálisis».

«Quejumbre hacia Dios» es un libro lleno de idealismo, que podía ser muy bien precedente de esa corriente literaria existencial, llena de inquietudes religiosas, que se va a desarrollar por los años 40 y de la que es representante el poeta Blas de Otero en la época de «Ángel fieramente humano».

Nuestro autor lanza, muy respetuosamente, quejas a Dios por las que él considera imperfecciones de la naturaleza humana. Se queja de éste ser humano contradictorio, mezcla de ángel y de bestia y aboga por una sexualidad idealizada que se iniciara en los ojos, y que implicara total y amorosamente alma y cuerpo. Para Ortega el sexo enajena la libertad y sólo cabe una sublimación del mismo en el amor divino o en el goce estético.

Se queja como Unamuno de la dualidad duda-fe, a la que está expuesto el hombre y de la tragedia del vivir que es el morir.

Con una visión conservadora de la mujer, se queja de que Dios la haya dotado de menor pasión que al hombre y divaga, como es su costumbre, sobre temas circundantes, sobre el beso de los filmes, sobre los anuncios de El liberal, donde se hace oferta pública de servicios amorosos, lo que el llama «Almoneda del amor», sobre el naufragio del matrimonio burgués realizado por intereses, y se lanza en fin, a elucubrar sobre una futura relación amorosa ni rancia ni libertina, sino cordial e idealizada. Al fin recoge todos sus deseos en una especie de invocación, oración a la Virgen, como espiritualizada encarnación de lo humano.

En el segundo ensayo «Introducción al Psicoanálisis» publicado conjuntamente con «Quejumbre hacia Dios», Teófilo Ortega hace fácil divulgación de la teoría freudiana en torno al subconsciente, como tierra inexplorada, que se manifiesta con el disfraz de los sueños. Expone su esperanza de que la clarificación de las oscuridades subconscientes ayude a purificar la patogenia del hombre. Incluye divagaciones y comentarios sobre otras obras como «El advenimiento del hombre» de Novoa Santos, o «La vida sexual de los salvajes» de Malinovsky.

En todos los libros de Teófilo Ortega, salvo en los de pura reflexión política, emergen esos dos temas recurrentes a los que hemos hecho alusión: La contradicción espíritu-instinto, ante el Eros, y la obsesión de la muerte.

En 1935, escribe «Sócrates» editado en la Biblioteca Menéndez Pelayo de Araluce. Está dedicado a José Martínez de Velasco, político liberal destacado y uno de los líderes derechistas en el advenimiento de la 2.^a República. Lleva una carta prólogo de Ramiro de Maeztu.

Ramiro de Maeztu trata a nuestro autor en un tono cordial, admirándose de que le pida prologar un libro, un autor que figura entre los autores de izquierdas.

Teófilo Ortega corrige a Maeztu, asegurando que no ha tenido nunca signifi-

cación activa política y declarándose ni de derechas ni de izquierdas. Entra ya después en su ensayo sobre Sócrates, más literario que filosófico, con un capítulo inicial en el que imagina la infancia del filósofo y vuelve, a propósito de las ideas de Sócrates, a sus temas preferidos en torno al amor, la posesión, la contemplación, la carne como frustración del hombre, la muerte. Es un ensayo, flojo, bastante breve, —alrededor de 40 páginas— al que le siguen otros temas, como es frecuente en las publicaciones de nuestro autor, algunos de reflexión política a los que luego hemos de referirnos.

Realmente «Sócrates» cierra el ciclo de producción de Teófilo Ortega si añadimos otros dos libros que publicó este mismo año, 1935, uno de ellos, compendio de sus colaboraciones periodísticas en *El Norte de Castilla* y el *Imparcial*: «España busca un camino» y otro titulado «Presidente Martínez de Velasco» en torno a la figura del político al que dedicara su ensayo de Sócrates.

Martínez de Velasco, fue presidente —como jefe del partido agrario— del Comité de enlace de las derechas en las elecciones del 33 y tuvo varios ministerios en el bienio negro del 34-35.

Digo que estos libros cierran el ciclo de la producción en Teófilo Ortega porque sus «Romances en prosa de nuestra Guerra» de 1938, son un caso aparte. En 1935, se apaga la verdadera voz del escritor Teófilo Ortega.

Y ahora debemos preguntarnos cómo el hombre que hemos conocido hasta ahora, liberal, defensor de la tolerancia, incluso habiendo dado en ocasiones la imagen de escritor de izquierdas —como reconocía Ramiro de Maeztu— haya podido escribir *Romances en prosa*.

En España, los juicios sobre las personas han estado con frecuencia teñidos de falta de objetividad y ello ha sido debido al radicalismo de las ideologías que han originado mentalidades cerradas e integristas.

La cosa viene de lejos. Desde el siglo XVIII España comenzó a escindirse en dos bandos cada vez más radicalizados, las dos Españas que cantó Machado en la copla:

*Españolito que vienes
al mundo te guarde Dios
una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.*

El que a un escritor como Teófilo Ortega, clarísimo liberal conservador pero hombre razonable, moderado, dialogante, crítico, fuera amigo de intelectuales más avanzados, no le importara que su nombre apareciera junto al de Angel Pestaña, o Andreu Nin, o Rosa Arciniega, era suficiente, estúpidamente suficiente, para que diera imagen de escritor de izquierdas.

Y sin embargo, en 1938 aparecen «Romances en Prosa». «Romances en Prosa» son una colección de artículos periodísticos reunidos en un libro publicado en 1938 por la imprenta Merino de Palencia. Muchos de ellos son mínimas narraciones donde se cuentan pequeñas e infladas heroicidades de personajes, por lo general anónimos, con fines obviamente propagandísticos.

El escritor Teófilo Ortega ha puesto su pluma al servicio del Movimiento. Y nos cuenta historias, pequeñas historias, sin duda inventadas, historias de soldados que llevan gravemente heridos los mensajes como el del soldado de la historia Griega, de prisioneros que mueren estoicos, de ancianos que lloran ausencias, de jóvenes que no lloran ante el dolor, de mutilados viriles y orgullosos.

Son artículos en los que no se encuentra ni la altura literaria de las mejores páginas del escritor, ni la apasionada libertad del intelectual que juzga y somete a crítica la realidad que analiza, como antes lo había hecho Teófilo Ortega, aunque siempre desde un tono moderado y respetuoso.

Son artículos donde se da un evidente culto a la persona del dictador —él que había escrito de Azaña en plena República sin asomos de adulación, él que había reflexionado y glosado aquellas palabras de Simón Bolívar: «no es el despotismo militar lo que puede hacer la felicidad de un pueblo, ni el mando que obtengo puede convenir jamás sino temporalmente a la República (...).

»No usurparé una autoridad que no me toca. ¡Pueblos! ninguno puede poseer vuestra soberanía sino violenta e ilegítimamente».

A lo que añadía el autor: «El aliento liberal, la leal obediencia a los mandatos de la democracia, esculpen, hasta el momento de alejarse de la vida, su gran figura de militar civil, civilizado».

Pero esto lo escribía en 1932.

«Romances en Prosa» son artículos donde se usa de una manera tópica y exaltada el concepto de Patria, él que había escrito: «El sentimiento nacionalista de Patria, es uno de los que más se hace alarde. Coincide su pretensión de poseerle con la exigencia de que los demás le estimen de una pureza ingenuamente inmaculada. Pero observando aquéllos en quienes se encuentra más profundamente enraizado, se halla enseguida, que tal profundidad corresponde a una dilatada posesión de riqueza. Por lo que a mayor fortuna, corresponde mayor patriotismo y a quien nada tiene, por no tener, no tiene ni patriotismo. Patrimonio y patriotismo son vocablos de más afinidades de lo que a primera vista parece».

Pero esto lo escribía en 1932.

«Romances en Prosa» son artículos, en fin, donde se mezcla demagógica y poco rigurosamente lo religioso, lo patriótico, lo maniqueo, lo sectario, lo mesiánico. Donde aparece simplistamente dividida España, en la azul de los buenos y la roja de los malos.

Son artículos donde se hacen alusiones a la bondad y virtudes de la Italia y la Alemania fascista, y el lector actual no puede evitar al leerlo, el sentir un escalofrío de rechazo.

Son artículos escritos en 1938, el segundo año triunfal como reza al pie de la edición.

¿Qué ha pasado?

El perfil del hombre defensor de la libertad, dialogante, abierto a la concordia, curioso, como buen intelectual, ante cualquier fenómeno nuevo que apareciese en el horizonte social, se ha desdibujado y transformado en el nuevo perfil de un hombre del régimen, integrista, e irreconciliable.

Psicológicamente, yo no veo a Teófilo Ortega, como un hombre de ideas férreas, atornilladas, sino —y confieso que eso me produce una gran simpatía— como un hombre dudador, hamletiano, que admire manifiestamente la posibilidad de error y camina entre contradicciones e inseguridades.

¿Ha sido una de tantas transformaciones camaleónicas políticas oportunistas?

Lo rechazo de plano. Y mi juicio no está movido por una afinidad cordial —que la declaro— con Teófilo Ortega, sino por una seria reflexión apoyada en algunos hechos objetivos.

1) Teófilo Ortega nunca fue un trepador político. Sufrió el confinamiento en la dictadura de Primo de Rivera y en los años de advenimiento de la República vivió su momento más estelar como escritor, conocido y valorado a nivel nacional, pero nunca pasó factura para alcanzar una prebenda pública.

2) Si bien rechazo en nuestro escritor al «chaquetero» interesado ante la nueva situación, admito que pudo tener miedo.

Ser ateneísta y republicano eran motivos de persecución, y sin remontarnos a la historia nacional sino a la nuestra provinciana y doméstica, recordemos los casos de Matías Peñalba, de Eugenio del Olmo, o de Paco Vighi.

Cuando Serrano Suñer quiso con inteligente estrategia, atraerse a los intelectuales que permanecían en España, sin haber buscado en el exilio refugio y seguridad, Teófilo Ortega aceptó la oferta.

Fue delegado provincial de Prensa y Propaganda del Movimiento y así todo, en los escaparates de algún comercio de la calle Mayor, se exhibieron insidiosamente algunas de sus obras, preguntándose si el que había escrito «aquello» (¡Dios mio pero qué era aquello!) no era más bien un rojo disfrazado de azul.

Antes, reconocía una afinidad cordial con Teófilo Ortega y una simpatía por su carácter inseguro, hamletiano, dudador. Siempre me han asustado las personas absolutamente seguras, tan cercanas a fundamentalismos o fanatismos, por eso quizás la oración que más me conmueve es la de aquel personaje evangélico

que decía: «Creo Señor, pero ayuda tú mi incredulidad». O aquellas palabras de Teresa de Lissieux, cuando después de escribir el Credo con su propia sangre decía: «Sin embargo yo me siento a la mesa con los incrédulos». Y perdón por esta confesión personal.

Pues bien, el miedo de Teófilo Ortega, un sentimiento aparentemente tan antiheroico, me produce una oleada de ternura. Es como encontrarse con la verdad del ser del hombre. El valor del superhombre no es humano.

Como me conmueve el miedo de Lorca en el Gobierno Civil de Granada, diciéndole a su amigo Rosales, hermano mayor del poeta, falangista destacado, que había acudido a ayudarle: «Pero si yo estoy dispuesto a escribir un himno a la falange».

Así que, recapitulando, Teófilo Ortega, nunca fue un trepador político, pudo tener miedo y en tercer lugar, inicialmente, y ante los desbordamientos de la República a quien se le fue de las manos el control de la nación, pudo ver con simpatía el movimiento.

Creo que en este punto, merece que nos detengamos algo.

En el año 29, año del famoso crac económico de la bolsa neoyorquina, año negro que desencadenó una crisis agudísima que alcanzó en igual medida a Europa por la dependencia económica de los mercados americanos, empezó a producirse a la vez, en la conciencia de muchos ciudadanos, una crisis política, una desconfianza hacia los recursos de la democracia que resultaba incapaz de resolver semejante situación. Así surgen y son acogidos con fervor masivo y esperanzado los fascismos, pensando que tal vez esta nueva fórmula política pueda afrontar la crisis de una manera más eficaz.

Y circunscribiéndonos a España, recordemos que la lucha de los regeneracionistas, buscando soluciones a la ineficacia de los partidos del siglo XIX y al deterioro general de la situación española, apunta en algún momento hacia la solución mesiánica de un salvador patrio, como parece deducirse de aquella conocida frase de Joaquín Costa, abogando por «un cirujano de mano de hierro» que pudiera extirpar los males de la patria.

En alguna ocasión, Teófilo Ortega, si bien ha hablado de la conquista de la libertad que significó la República, frente a la Dictadura de Primo de Rivera, en alguna ocasión, digo, ha manifestado su miedo de que las circunstancias incapacitaran al Gobierno Republicano para dominar la situación. Y a este respecto, recordamos las palabras siguientes de T. Ortega.

En su obra «¿A dónde va el siglo?» de 1932, entre sus enfervorizadas adhesiones a la República y su defensa de la libertad, se deslizan algunas frases que pueden ir presagiando un cambio:

«Italia es la última consecuencia del sistema tradicional y capitalista. Última consecuencia y no causa. Naturalmente que al fracasar Rusia, México, España,

la vuelta a lo que representa Italia —que Alemania ha hecho con Hitler— no constituiría otra cosa que un puente. Lo que llegaría tras de él, no serían seguramente políticos de la talla, estructura y procedencia de Mussolini». Se percibe una velada admiración por la figura del Duce.

Y en el mismo libro, en el capítulo «La política no se hace con ángeles» ¿no se puede ver una cierta proclividad hacia «el cirujano de la mano de hierro»?., cuando dice:

«Cuanto más se amplía la libertad, más dura e inevitablemente se hace necesaria la represión». Y defendiendo la decisión de Cánovas, al mandar a Cuba al general Weiler, que tenía fama de saña feroz y salvaje, recogiendo la frase de Cánovas dirigida a D.^a María Cristina que estaba temerosa del nombramiento: «Cree V.M. que la política se hace con ángeles», comenta nuestro autor:

«Es verdad. Una verdad que comenzaba a descubrirse entonces. De la que hoy no todos están convencidos y que se considerará indiscutible mañana». Son palabras de 1932. En 1934, quizás son más definitivas las que dedica a Ramiro de Maeztu, en contestación a las de éste en el Prólogo de «Sócrates» llamándole «escritor de izquierda». Son éstas:

«Y aunque alguien sospeche de inclinación a la tendencia triunfante, por esa sola razón de su triunfo, yo tengo que decirle, querido maestro, —llamado así no en estas horas sino en todas las de mi vida y de la suya, en las amargas sobre todo— que o no intervengo nunca y en absoluto en política o he de hacerlo, cuando lo haga, en campo donde España se sienta en toda su amplitud y profundidad, sin rendir vasallaje a ningún poder extranjero; he de hacerlo ante la idea de una España mejor, y he de sentirme español en el presente y en el pasado, cristiano por español, conservador por las raíces y en definitiva si Vd. quiere llamarlo así, de «derechas», porque lo contrario «izquierda» se confunde para mí con esa postura docta o soñadora de los que pretenden atacar los males, reformar y conseguir el progreso, librar a nuestro pueblo de sus miserias, poniendo en pública e internacional subasta todos nuestros valores materiales y de espíritu».

Es decir, que el mismo auge europeo de los fascismos, como formula salvadora de la crisis, se iba infiltrando en la mente de muchos ciudadanos españoles, como esperanza para salir de la nuestra.

En una palabra, que pudo haber —inicialmente dije al principio— una sincera adhesión de nuestro escritor, como la hubo en Miguel de Unamuno, aunque rápidamente enmendada, o como la hubo en personalidades que se merecen todo nuestro respeto como Antonio Tovar, o Pedro Laín Entralgo o Dionisio Ridruejo o Eugenio D'Ors.

Pero si en nuestro escritor hubo no sólo miedo, sino adhesión esperanzada, fue sólo al principio, y el argumento contundente que lo demuestra es su silencio posterior, su total y definitivo silencio.

Él, que había vivido su oficio de escritor como un ejercicio vocacional, casi como una llamada del destino, sobreponiéndose a circunstancias vitales que le inclinaban a otros derroteros, ahoga su voz para siempre, como aceptando tristemente la renuncia a algo que había constituido una de las razones más fuertes que daba sentido a su vida.

¿Tal vez una auto-punición? ¿Una decepción profunda? ¿Un arrepentimiento de su pasajera postura?

Lo cierto es que desde entonces, se reclusa en su despacho, releía los libros que le habían atraído, tal vez acariciaba los que eran verdaderos hijos de su espíritu, pero rechazaba una y otra vez las invitaciones de los amigos literatos, de las revistas literarias que querían contar de nuevo con su pluma.

Nunca quiso volver a publicar.

Así lo refiere Dámaso Santos en el libro de memorias antes mencionado «De la turba gentil y de los nombres», un título tomado de un verso cervantino de «Viaje al Parnaso», en el que recoge ampliamente su relación con Teófilo Ortega, a quien manifiesta una gran admiración, como a hermano mayor, entonces, en las letras y a quien trató en esos años en que su hija Esperanza llama «la caída», cuando Teófilo Ortega era Delegado Provincial de Prensa y Propaganda del nuevo régimen y escribía artículos en favor de las nuevas ideas y colaboraba en las revistas falangistas del momento.

Pedro Laín Entralgo, uno de los escritores que se adhirió como Teófilo Ortega al nuevo régimen, avanzados los años 70, escribió un libro titulado «Descargo de conciencia», donde hace una autorreflexión crítica y pública de su postura de entonces y de su evolución.

Ante el silencio de Ortega y ante la falta de su propia crítica, yo he querido imaginar una actitud similar, un estado de ánimo homólogo, entre el de nuestro escritor y el de Laín.

Laín habla de la índole pacífica y conciliadora de su carácter —como la de Ortega— y de la ideal y transfiguradora concepción de lo que el Alzamiento tenía que ser. ¿Fue así también, ideal y transfiguradora la concepción que *inicialmente* tuvo de él nuestro escritor?

Yo creo, puedo equivocarme, que las reflexiones en voz alta de Laín, son trasladables a las que pudo hacerse Teófilo Ortega.

He elegido algunos fragmentos de «Descargo de conciencia», imaginando que también las pudo haber dicho nuestro propio escritor:

«El Alzamiento fue un evento en el cual vosotros no tuvisteis y nunca habiéráis querido tener parte».

«En realidad, de verdad, ¿qué sabes del mundo en que ahora entras? ¿Cuáles son las fuerzas que le mueven y orientan? Más allá de lo que en él es pura negación —«no» al materialismo histórico, no al separatismo, no al desorden

social permanente—, allende lo que en él es vaga afirmación pragmática —sí a una patria históricamente arraigada, sí a la verdadera libertad de la Iglesia, etc.— ¿a dónde conduce el camino que con tan buen ánimo te dispones a recorrer?»

«Si lo que decía en esos discursos —los de José Antonio— cobrara realidad política y social, además de tener la oratoria y retórica, ¿no es cierto —me decía yo a mi mismo— que los cinco grandes problemas de la vida española: el religioso, el económico, el ideológico, el cultural y el regional, quedarían satisfactoriamente resueltos?».

«Y puesto que en virtud de una forzosidad sobrehumana, la violencia, la más sangrante violencia se había cernido sobre la tierra de España, ¿por qué seguir haciéndose cuestión de la que desde octubre de 1934 hasta julio de 1936 entre nosotros se había producido?

»¿No es esto, después de todo, lo que el propio Unamuno piensa, bajo la letra del manifiesto que acaba de lanzar al mundo?»

«Algunos pensarán ante mis artículos: ¿Es posible que este hombre, al parecer inteligente y crítico, con tan boba ingenuidad adolescente, haya creído en los tópicos ideológicos y políticos que entonces circulaban?».

Y finalmente, una muy íntima confesión: «Yo, te lo juro, no sabía entonces que la represión hubiera sido tan cruel como realmente fue. Y frente a lo ya conocido de ella, me decía a mi mismo, esta tan terrible e innegable verdad: “También los otros”...».

Mi opinión es que reflexiones parecidas pudo hacerse en el silencio de su despacho, mientras leía y acariciaba los libros que habían constituido la pasión de su vida, Teófilo Ortega.

Y, en fin, a manera de epílogo final, y refiriéndome a su verdadera obra de escritor, anterior al 36, permitidme decir que Teófilo Ortega ha sido un destacado palentino, amante de su tierra, de sus paisajes y de sus gentes; inquieto por el porvenir de su patria, atento espectador de la realidad social y política, y como buen intelectual, crítico de la misma, aunque su crítica, ya lo hemos dicho, siempre estuvo dictada por la templanza y la moderación. Desposeído de ambiciones interesadas, equilibrado para alabar a diestra y a siniestra lo que veía justo y digno de admiración. Amigo de sus amigos, honesto y hombre de bien. Como dijo Antonio Machado, en el buen sentido de la palabra, bueno.

Destacó en ese período de 1926-1934, como escritor, y su nombre no sólo fue conocido en los pequeños límites de su provincia, sino que alcanzó prestigio nacional.

Gozó del trato y en muchos casos de la amistad de personalidades destacadas de la España de entonces: de Unamuno, de Antonio Machado, de Ramiro de Maeztu, de Jorge Guillén, de José María de Cossío, de Federico Santander, de Victorio Macho, de César Arconada...

Mereció la atención de críticos importantes que le estimularon en su oficio de escritor: Benjamín Jarnés, Giménez Caballero, Díaz Plaja, Antonio Machado, José María Salaverría, Gómez de la Serna, Francisco Ayala...

La revista «Parábola» de Burgos le dedicó un número extraordinario con juicios en torno a su obra y el Padre Félix García en su libro «Primavera de Castilla» le dedica páginas importantes y admirativas.

En 1935 recibe la Encomienda de Isabel la Católica y se le rinde un homenaje en Palencia, en enero del 36 con un banquete en el desaparecido Hotel Iberia y se reciben, entre otras adhesiones de Benavente, de Marañón, de Tomás Borrás, de José M^a Salaverría, de Santiago Alba...

¿Es justo que Teófilo Ortega siga siendo el gran desconocido?

¿Es explicable que yo, profesional de la Literatura y palentino, haya leído muy recientemente la obra de Teófilo Ortega, gracias a Esperanza Ortega, su hija, que me ha permitido acceder a los libros de su padre, de otro modo inasequibles?

¿Es admisible que en una mini-encuesta realizada entre palentinos menores de 30 años, se desconocía casi absolutamente el nombre de Teófilo Ortega?

¿No es vergonzoso para los intelectuales y las instituciones palentinas, que no se haya acometido una revisión de sus obras y una reedición de las más importantes, o al menos, una antología de las mismas?

Si mis palabras de hoy, sirvieran para volver a colocar a nuestro escritor en el horizonte cultural, para suscitar estudios sobre él, en los jóvenes licenciados, que a veces se devanan buscando temas para sus tesis y tesinas, si sirvieran para ver alguna de sus obras en los anaqueles de las librerías, estaría contenta, porque yo, esta tarde, he querido reivindicar la memoria de Teófilo Ortega como hombre bueno, como escritor ilustre y como arraigado palentino.

